

Se levantó agitada sin saber muy bien porqué. Se apresuró en la ducha, llegaba tarde. Nunca había dormido tantas horas seguidas. No tuvo tiempo ni de secarse el pelo con su viejo secador Brown, no se acordaba, por otro lado, que el viejo secador Brown había dejado de funcionar hacía un par de días.

En la calle el viento azotaba con mucha fuerza, pero del cielo caía una luz preciosa, todo parecía limpio, nuevo.... Pero no se podía entretener en su faceta contemplativa, su padre la estaba esperando. A papá no le gusta esperar, no tiene paciencia y todavía menos recién vuelto de un viaje de negocios transoceánico.

Ella bajaba hacia el mar, tenía que comerse un arrocito en una terracita, ese ritual que inventó papá para los reencuentros....

Dejó bruscamente de pensar en su padre al encontrarse en plena calle multitud de árboles caídos en las aceras, troncos partidos, ramas esparcidas.... ¿Qué había pasado durante esa noche en la que ella había dormido tan profundamente? Ella que tan a menudo coquetea con el insomnio....

-Y no me he enterado de nada-se decía así misma-

Nadie parecía percatarse del espectáculo de árboles tumbados por las aceras, o tal vez sí, pero por lo que parecía no le daban demasiada importancia a esa clara irrupción de la naturaleza en plena urbe.

Agradeció que el viento secase su pelo, aunque al recordar, ahora sí, que el viejo Brown había dejado de funcionar, sintió una leve tristeza, añoró sobretodo el calorillo de la segunda velocidad de su Brown.

Y entonces recibió una llamada, el timbre del teléfono la sobresaltó, viola palabra escrita "papá" en el móvil y el sobresalto fue todavía mayor... Trató de contestar, pero subitamente la batería del móvil dijo basta.

-Cada vez duran menos estas baterías modernas- se dijo a ella misma mientras dejaba el teléfono en el bolso-

Aceleró el paso y aunque se había olvidado su iPod naranja en casa, en su cabeza empezó a sonar nítidamente la canción "WhensheBelieves".... como si el mismo Ben Harper se hubiese sentado en un rincón de su cerebro a interpretarla para ella...Y aunque la canción le hacía más ligero el trayecto, seguía andando esforzadamente, con el viento en contra, sorteando troncos y ramas. La prisa no le impedía percibir el olor verde y tierno de la madera quebrada de los árboles...

Mirando a la copa de uno de los pocos árboles que se mantenía en pie vio un microondas balanceándose al ritmo persistente del viento. Un par de agentes de policía acordonaban la zona para evitar peligrosos dolores de cabeza.

De repente Ben Harper dejó de sonar en su cabeza, era la voz del padre que interrumpía el final de la canción. Papa la esperaba en la mesita del restaurante "La casa del arroz"

-Hola cariño, esta vez sólo has llegado 30 minutos tarde, supongo que tengo que estar contento por ello. Dos dulces besos suavizaron la ironía paterna. Papá ya había pedido los entrantes, el arroz, el vino, todo estaba decidido. Ella tuvo en el postre toda su libertad de elección.

Papá habló bastante, por lo visto tenía una nueva amiga, parecía que la cosa iba en serio esta vez, a menudo lo parecía, pero había algo distinto en su voz....

Ella tenía muchas ganas de hablar sobre espectáculo de árboles caídos por las calles, pero casi no tuvo ocasión y cuando por fin pudo sacar el tema, el padre la ignoró cariñosamente, le preguntó aplicadamente a su hija:

-¿Cómo te va con tu chico?

-Papa, hace tres meses que rompimos....

- Es verdad, ya me lo habías contado.

- Sí, ya te lo había contado.

-Todo se rompe¿Y tu madre sigue siendo feliz en el pueblo con ese...

-Sí, sigue feliz, tiene sus baches, como todos los mortales, pero la veo bien....

Papá se levantó en medio de la frase de su hija para ir al baño unos instantes, todavía se ponía nervioso al oír hablar de su ex-mujer.

Se quedó sola y de repente, sin motivo aparente, se giró hacia la mesa que tenía a sus espaldas. En ese momento entendió la extraña y sutil sensación que había invadido su cuerpo cuando entró en el restaurante, sensación que en ningún momento del almuerzo la había abandonado. Se giró y encontró a ese chico que le habían presentado hacía ya unos cuantos meses y del que tuvo tan buena impresión.

Él, el chico en cuestión, no se percató de la mirada de ella, pues tenía sus ojos fijados en un succulento plato de gambas, además estaba rodeado de amigos que no paraban de bromear entre ellos.

Antes de que él se percatara, ella apartó los ojos de sus ojos, justo en ese momento regresaba el padre del servicio.

-Pago y nos vamos, ¿te parece cariño?

Mientras no traían la cuenta (y es que tardaron un poco) el padre empezó a sincerarse con su hija, empezó a hablar más y más de su nueva amiga. Ella se sorprendió del tono de voz que adquiriría su padre, hasta le pareció ver el corazón de papá dando botes de alegría entre las tazas de café y aunque le hubiese gustado que papá hubiese dedicado unas palabras similares a mamá en su debido momento, ella, su hija del alma, se alegraba y mucho de ver a papa enamorado.

Las palabras de papá le parecían muy emotivas y tiernas , pero no se podía concentrar del todo en lo que papá le contaba, pues la voz del chico de la otra mesa la distraía, incluso se perdió en una conversación ajena, en una conversación estúpida y divertida que vociferaban él y sus amigos, animados, sin duda, por el alcohol....

-¿Me escuchas hija?

-Claro papá, me parece muy, muy ... bonito lo que me has dicho...

La propina cerró tan emotiva charla entre padre e hija.

Al levantarse ella, el chico de la otra mesa se levantó también para ir al baño y en ese momento chico y chica se encontraron frente a frente, ambos fingieron sorprenderse, las primeras palabras fueron torpes por las dos partes. Un silencio de tres segundos se hizo eterno. El viento seguía azotando en la avenida de palmeras que terminaba en el mar, algunas palmeras se retorcían en el suelo, pero la mayoría seguía en pie. El encuentro chico- chica fue tímido, torpe pero muy entrañable para el padre que observaba la escena.

-Ya no somos adolescentes, los dos pasamos de los 30- se dijo ella-

En las pocas frases medio afortunadas que llegaron a cruzar ella logró fijarse en las manos de él, también en el pelo, se confirmaba la buena impresión que tuvo de ese chico la primera vez, incluso le pareció que la impresión mejoraba, le pareció sumamente atractivo y sensible.

Se despidieron con un beso torpe, el padre ajeno al azoramiento de su hija la tomó por el brazo para salir finalmente del restaurante.

Un golpe de viento despeinó completamente a padre e hija en el momento en que ambos salían del restaurante dispuestos a pedir un taxi.

Se levantó tranquilo, con más tiempo que el de costumbre. Era sábado por la mañana. Le apetecía salir a la calle, ver a la gente viniendo de los mercados, comprándose el periódico, paseando...

Después de toda una semana de trabajo intenso en la oficina se reservaba un pequeño placer, un pequeño placer que se había convertido en un ritual ineludible, casi en una religión. En una cafetería de enormes ventanales preparaban un delicioso pastel de zanahoria y nueces acompañado con un poco de nata, un te verde se sumaba al festín goloso. La lectura de la sección deportiva del periódico mezclada con ese desayuno le colmaban de una felicidad minúscula, pero completa. Aquellos minutos rebosaban plenitud para él.

Esa mañana el viento que azotaba con fuerza por las calles despeinó su peinado, ya de por sí despeinado estratégicamente.

Le sorprendió, sobremanera, al salir de su portal, encontrar unos cuantos árboles tirados por el suelo. La verdad es que no había dormido demasiado bien, se pasó la noche escuchando al viento aullar, como en una película de terror de serie B, pero el espectáculo de árboles en el suelo le pareció excesivo, aunque estéticamente no del todo desagradable...

Esquivó los árboles, tenía un objetivo claro, andar ligero hacia la cafetería de los sábados por la mañana, se sentía lleno de unánimo injustificado, de un buen humor que hacía tiempo que no le acompañaba.

-El viento la ha tomado contra los árboles y ahora contra mi peinado- se permitió bromear consigo mismo-

Cuando llegó a la cafetería todas las mesas estaban ocupadas, el local estaba abarrotado de gente que se refugiaba de los embates del viento. Se conformó con desayunar en la barra. El pastel en la barra tenía un sabor distinto, pero eso no iba a estropear el disfrute de su ritual.

Además la cafetería nunca había estado tan llena y se alegró sinceramente que el negocio tuviese un pequeño empuje, no podía evitar sentir cierta empatía con los dueños del local.

En las calles de su barrio había mucho movimiento, como todo los sábados por la mañana, el viento que seguía insistiendo no amedrentaba del todo a la gente.

De repente su BlackBerry le recordó la cita que por otro lado recordaba perfectamente. Había quedado para comer con los compañeros de la oficina, celebraban el cumpleaños de una de las jefas...

Precisamente con esa mujer, la mujer que celebraba su cumpleaños, habían tenido algún que otro encuentro íntimo, pero la cosa nunca pasó de ahí, tal vez a él le hubiese gustado llegar más lejos, intentarlo. Por lo que se vio, a ella no.

Habían llevado su relación pasional (ahora ya extinguida) muy discretamente, nadie en la oficina sospechó nunca nada del "affaire" entre ambos.

De todas maneras a él, le apetecía reunirse con esa gente y tener un detalle con esa mujer. Después de todo, los compañeros de la oficina eran lo que más se parecía a un grupo de amigos.

Hoy se vestirían de otro modo y la superficialidad del trato en la oficina dejaría paso a otro tipo de superficialidad mucho más festiva y divertida...

Aprovechó el reflejo que le devolvía una de las ventanas para retocar su peinado, se despeinó con mucha soltura y precisión, la camarera del cafetería observó ese acto narcisista mientras preparaba unas tostadas para otro cliente.

Era el cumpleaños de una de sus jefas, esa mujer con la que de vez en cuando fantaseaba sexualmente, tenía que escoger un regalo para ella.

Se había hablado en la oficina de comprar un regalo entre todos, pero una vez más no tuvieron tiempo de encontrar el tiempo para ponerse de acuerdo, así que cada cual se luciría en la medida de sus posibilidades.

Sentado en la barra empezó a escribir en una servilleta una lista de posibles regalos: Pendientes, bombones, flores, un libro (¿un libro? ¿Qué libro? No, un libro, no.) Empezó a confeccionar una lista interminable de regalos, a cada cual más tópico, no se sentía muy inspirado para escoger algo realmente acertado, pensó que tal vez andar un poco le sentaría bien...

Salió de la cafetería, dejó una minúscula propina, tal vez tendría que haber sido más generoso, se decía eso mientras se alejaba del local, de su templo de los sábados.

Anduvo por los callejones de su barrio, los conocía sobradamente, pero hoy sus ojos veían las cosas de una manera distinta, se fijaba en detalles en los que nunca había reparado. El viento no cesaba, los bomberos estaban retirando un tiesto de un geranio que se había quedado atrapado en los cables de los postes de la electricidad...

Entró sin mucha fe en un bazar oriental, una tienda que siempre había despreciado secretamente, pero ahí estaba él, en la típica tienda de "los chinos" intentando encontrar un regalo original.

La tienda tenía un aire misterioso, no había nadie, ningún cliente, ningún dependiente, sólo objetos, una multitud de objetos a la venta que sin saber muy bien el porqué ejercían un poder hipnótico en él. Había de todo, comida, plantas, ropa, en otra zona había objetos de decoración, animales disecados, licores, telas..... De repente una asociación de ideas le salvó milagrosamente el tema del regalo.

El martes por la tarde hubo un fallo informático en la oficina, esa pequeña catástrofe tecnológica había permitido a parte del personal disfrutar de unos minutos ociosos y relajados.

Empezaron a hablar de cosas típicas, pero al cabo de unos instantes la jefa, que también participaba de la pausa, empezó a hablar sobre la importancia que tenían las cosas pequeñas en su vida, sobre como desde siempre le habían apasionado las cosas en miniatura con sus personitas hechas a escala, también los coches, las muñecas...

Tenía la casa llena de cosas pequeñas, ínfimas... Flores pequeñas, un perro pequeño, lámparas pequeñas, sillas diminutas, incluso el coche que conducía su era un "mini".

Él la miraba de reojo, fingía estar distraído, pero almacenó toda esa información.

Le vino a la mente toda esa charla sobre la pasión por las cosas minúsculas, afición que por otro lado desconocía absolutamente de su jefa, delante de un estante de la tienda oriental en la que había entrado.

En ese estante había plantas de todas las clases, la mayoría de plástico, pero también naturales, abono, flores, encontró casi sin quererlo un bonsái, ¿Un bonsái? ¿Está en venta?

Poco sabía de bonsáis, tan sólo que se debían cultivar en el exterior durante todo el año... Cuando hizo el ademán de coger el bonsái, de repente apareció una mujer china, muy bonita, de dientes oscuros, que amablemente cogió el arbolito y se lo cobró religiosamente. En un exceso de generosidad la dependienta de dientes oscuros colocó un lazo rosa alrededor del bonsái al enterarse que se trataba de un regalo.

Mientras le devolvían el cambio reparó en que nunca había estado en casa de su jefa, pero ella le había contado que tenía un balconcito donde se fumaba sus cosas para desconectar de la presión del trabajo, imaginó que el bonsái encontraría su lugar feliz en ese balcón... Intentaba convencerse de que era un buen regalo, tal vez el precio un poco alto para esa clase de tiendas, pero un impulso lo había decidido por él. Pensó también que tal vez los compañeros de la oficina se sorprenderían un poco por ese regalo tan original y pensó que eso llamaría la atención y a las suspicacias, pensó todo eso y algunas cosas más, lo malo de los impulsos, se dijo, es que luego acarrearán un sin fin de múltiples y pequeñas culpabilidades. El hecho es que salió de la tienda con el bonsái en las manos, estuvo a punto de caérsele, pues una ráfaga de viento los sorprendió a ambos, por suerte, tuvo buenos reflejos.

Miró su reloj, era tarde, cuánto tiempo se había pasado en esa extraña tienda oriental. Tenía que pasar por casa, decidir que se ponía, ducharse y se apresuró....

Sorprendentemente llegó el primero al restaurante, había sufrido tanto por su posible impuntualidad y una vez más para nada....

Tuvo tiempo de repasar la carta, de mirar a través de la ventana, el sol, el cielo, el viento azotando, las nubes, todo era diáfano, excepto una extraña y sutil sensación de turbulencias internas, una especie de intuición que le contrariaba levemente, que invadía la calma de ese sábado, una mezcla de algo positivo ya la vez no tanto. Lo atribuyó a los nervios que le provocaba la elección del bonsái, que ya había

escondido bajo la mesa que tenían reservada. Más tarde supo que esa sensación no tenía nada que ver con el bonsái.

Repasó toda las clases de arroces, todas los moluscos marinos, las ensalada, los vinos....

-Así cuando lleguen podré hablar de alguna cosa- se tranquilizó a él mismo. Se miró una vez más en el reflejo del cristal de la ventana y su despeinado peinado lo calmó casi del todo, pidió una agua con gas, empezó a llegar la gente de la oficina(....)

Estaban ya en el postre, el vino les hacía hablar más alto de lo necesario, el momento de los regalos se acercaba y él empezó a ponerse nervioso, ahora sí, se arrepentía profundamente de su elección, las gambas, el arroz, el vino, los moluscos marinos, todo empezó a dar vueltas en sus tripas, era un ataque de inseguridad, sudaba sudor frío, sonreía, trataba de seguir las conversaciones sin que nadie sospechará nada de su repentino malestar interno, por otro lado nadie había visto su regalo-bonsái.

-Necesito pensar- se dijo. Se levantó para ir al baño, casi tropieza encima de su jefa, algunas bromas pertinentes lo alteraron todavía más, cuando por fin los más graciosos lo liberaron de esa embarazosa situación, de repente se encontró con una chica que había conocido hacía ya unos meses. La mirada de la chica lo calmó profundamente.

La chica iba acompañada de un hombre viejo y resuelto.... Le pareció muy frágil y tímida, él cada vez se encontraba mejor. No hablaron demasiado, ni tan sólo sabía de lo que habían estado hablando, se despidieron cordialmente con dos besos dulces. El padre de ella la tomó por el brazo y él siguió su camino hacia el baño, aunque mucho menos agitado que unos instantes.

El viento seguía azotando por toda la ciudad y los árboles caídos y quebrados seguían esparcidos por las aceras sin que nada ni nadie los pudiera reparar.

El bonsái, con el lazo rosa, seguía escondido bajo la mesa, abandonado a su suerte, esperando que algo realmente significativo sucediera en su diminuta existencia.

Mientras tanto, ella estaba en la acera de la calle, a punto de tomar un taxi con su padre, sonriendo, pero con aire ausente, como a punto de dejarse llevar por un impulso que todavía no conocía.

Él se estaba mirando delante del espejo, en el lavabo del restaurante, mojándose la cara, olvidándose de su peinado despeinado, fijándose en unas arrugas a las que nunca hasta ahora había prestado atención.

Entonces, la chica, cuando estaba a punto de subir al taxi, hizo un giro repentino en sus planes, le dio un beso a papá y le dijo que prefería caminar un ratito para bajar la comida. Papá se despidió con una sonrisa amable mientras se metía en el taxi, nunca había visto a su padre tan contento, al menos en los últimos treinta años.

Y empezó a caminar, notaba que el viento amainaba paulatinamente. Le apetecía encontrar un lugar donde perderse unas horas.

En el restaurante, la fiesta de los de la oficina también seguía su curso, el elemento más "alegre" y "pesado" del grupo trataba de levantarse para hacer un discurso estúpido, pero el equilibrio le falló, se tambaleó levemente, algunos apostaron que se iba a caer otros que no, finalmente cayó al suelo, nada aparatoso, nada espectacular, una caída bastante digna para lo que podría haber sido, sólo un par de copas rotas y algún plato que resistió la prueba.

En el suelo, el ridículo hombre caído, elegido como el "gracioso" de la oficina por unanimidad, con las risas de los comensales de fondo, descubrió el bonsái bajo la mesa. Se levantó, lo hizo con el bonsái entre las manos, lazo rosa incluido, y las risas de la gente de la oficina se incrementaron considerablemente.

Ella seguía andando en dirección al mar, más ligera, más calmada y más distraída que nunca. Fantaseaba con una teoría de física cuántica al alcance de todos los públicos: Imaginó que unas horas antes, muchas, muchas horas antes, una mariposa monarca había batido sus alas con insistencia en el cielo de una ciudad mejicana y claro, de todos es sabido lo que puede llegar a provocar el aleteo constante de una mariposa monarca, en este caso ella decidió que el impulso de la mariposa desató una cadena de reacciones meteorológicas que habían provocado en su ciudad, la ciudad encima de la que ella estaba andando plácidamente, una racha de viento tales, capaces de quebrar troncos y ramas de árboles. Y fue pensando esto que el viento cesó por fin en toda la ciudad de los árboles caídos. Sí, fue de repente, de repente el viento agotado dejó de pasearse violentamente por todas las calles y rincones de la ciudad. Cesó en su empeño, como también había cesado en su empeño hacía muchísimas horas antes el aleteo de la mariposa monarca.

Delante del espejo, él se refrescaba la cara, de fondo oía las risas desagradables que provenían sin duda de la mesa de sus compañeros de oficina. Decidió volver a su silla. Cuando se plantó delante de la mesa vio la imagen de todos sus compañeros, incluida la jefa, desternillándose, algunos casi por el suelo,

escrutó la mesa intentando participar mínimamente de esa locura, pero no conseguía entender qué delante sucedía, qué es lo que tenía tanta gracia.

Hasta que finalmente descubrió que el motivo de esa tormenta de hilaridad era su regalo-bonsái, con lazo rosa incluido. La cara le cambió completamente, con mandíbula desencajada intentó reír, pero le resultó una tarea imposible. Incluso sonreír también era imposible.

De repente, un impulso, cogió el bonsái de encima de la mesa y salió corriendo del restaurante. Y empezó a correr en dirección al mar, mientras corría una cadena de pequeñas culpabilidades empezó a asaltarle: empezó a pensar en que no había pagado su parte de la cuenta, también en el ridículo que había provocado su salida repentina, en que se había dejado la chaqueta, en qué explicación tendría que dar el lunes al entrar por la puerta de la oficina.....

Pero bueno ahora ya no podía dar marcha atrás y siguió corriendo un buen rato, para que a nadie de la oficina, ni tan siquiera a su jefa, se le ocurriera la magnífica idea de intentar hacerlo regresar a la maldita mesa del maldito restaurante de los malditos arroces que tan buenos estaban.

Corría y corría con el bonsái en las manos, hasta que empezó a aminorar la marcha, deseaba encontrar un lugar donde perderse unas horas, tal vez en ese lugar encontraría alguna cosa que le pudiera distraer de tanta mediocridad.

Y entonces fue cuando él la encontró a ella o cuando ella le encontró a él.

Los dos frente a frente y el bonsái entre los dos.

Después de unas frases menos torpes que las anteriores siguieron andando dirección al mar.

No cruzaron demasiadas palabras, tampoco había demasiados nervios. Era su segundo encuentro casual en menos de una hora y ambos decidieron disfrutarlo.

En el paseo de la playa también había algunos árboles por el suelo, incluso alguna palmera de hojas brillantes, con el tronco amputado, también yacía en el asfalto.

Aparecieron las palabras y las miradas de complicidad tejían una trama sutil entre los dos.

Comentaron amplia y apasionadamente el espectáculo de árboles caídos, de troncos quebrados, de microondas en la copa de un árbol, de tuestos atrapados en los cables de la electricidad....

Se detuvieron delante de una papelería.

La luz del día empezaba a declinar.

Liberaron al bonsái del ridículo lazo rosa que lo envolvía y lo lanzaron a la papelería.

Entonces sonó el móvil de él.

Intensamente.

Repetidamente.

Persistentemente.

Pero dejaron que el móvil agonizará mientras reanudaban el paseo frente a la orilla del mar.

Sin duda se dirigían a un lugar donde perderse unas horas.

El bonsái, con sus ramitas atadas por alambres, los acompañaba, naturalmente.